

INTRODUCCIÓN

Revelación *

[* Esta sección está resumida del artículo del escritor "Revelación", en el *Diccionario Bíblico de un volumen de Hastings*. El tema también es tratado con gran plenitud y fuerza en la parte anterior de *Revelación e inspiración*, por Orr].

La palabra "**Revelación**" casi sugiere su propio significado, es decir, la revelación de algo oculto. Corresponde a la palabra griega "Revelación" o "Descubrimiento" (Ap. 1:1). En la conexión actual, la palabra se refiere a la Revelación de Dios, la "Revelación" del Dios Invisible en la mente y el corazón del hombre. Si bien el término se aplica de diversas maneras, [El uso más amplio se encuentra en Gwatkin, *The Knowledge of God*, vol. I, p. 5, "Todo hecho que da conocimiento es una revelación... la revelación y el conocimiento de Dios son términos correlativos"]. Hay ciertos usos específicos que requieren una consideración definida. (1) Está la Revelación de Dios a través de la Naturaleza, refiriéndose a las indicaciones de sabiduría, poder y propósito en el mundo que nos rodea (Rom. 1:20). (2) Está la Revelación de Dios en el hombre, refiriéndose a las huellas de la "imagen y semejanza" de Dios en la conciencia del hombre, la naturaleza emocional y la personalidad en general, que involucra la conciencia de obligación, el deseo de compañerismo y el anhelo de satisfacción. (3) Está la Revelación de Dios en la Historia, que significa las marcas de una Providencia dominante en los asuntos de la raza humana, y las huellas de un progreso en la historia de las naciones y de la humanidad en general. (4) Existe la Revelación de Dios en el judaísmo. El Antiguo Testamento involucra y registra una comunicación sobrenatural especial de Dios al hombre, una revelación de su carácter y relación. (5) Existe la Revelación de Dios en el cristianismo. Ésta es la característica principal de la automanifestación de Dios en la Persona de Cristo para la redención humana.

El problema de la Revelación es la correlación de la revelación sobrenatural del carácter, propósito y gracia de Dios con el proceso histórico y fragmentario por medio del cual esta revelación progresiva se ha convertido en una tradición recibida. [2 Cor. 3:14 ilustra ambos aspectos, objetivo y subjetivo, de la "revelación"]. Es esencial que se haga justicia tanto al hecho sobrenatural como a los elementos humanos de la Revelación. En el curso de esto, nos encontramos cara a cara con las antítesis de la Revelación y el descubrimiento, de la Revelación y la especulación, de la Revelación y la evolución; y aceptando plenamente todos los procesos históricos, nos lleva a la convicción (1) de que el cristianismo sólo se explica adecuadamente como una Revelación Personal de Dios, que utilizó y guió la historia para este propósito; y (2) que la historia, el descubrimiento, la filosofía y la evolución son simplemente los medios o canales por los que ha llegado la Revelación. La posibilidad de la Revelación se basa en dos fundamentos: (1) El Ser de Dios como Supremo (que por el momento asumimos) debe necesariamente poder revelarse a sí mismo. Un Dios personal implica necesariamente el poder de una autorrevelación. La creencia teísta hace posible la Revelación. (2) La naturaleza del hombre da el mismo

testimonio, porque el hecho de su personalidad con todos sus deseos y posibilidades implica una capacidad de comunión con un ser superior a él mismo.

La probabilidad de la Revelación también se basa en dos motivos: (1) que sea concedida por un Ser Personal Supremo, estando obligados a predicar su voluntad así como su capacidad para revelarse a sí mismo. Incluso la personalidad humana con su deseo de autorrevelación hace que la revelación de Dios sea el antecedente probable. (2) Las necesidades del hombre apuntan en la misma dirección, pues como hombre, y más aún como pecador, necesita una Revelación Divina que lo guíe y lo proteja, lo sostenga y lo fortalezca en medio de los problemas y peligros de la vida.

Las pruebas de la Revelación Divina son variadas, convergentes y acumulativas. (1) De manera especulativa, argumentamos que "el universo apunta al idealismo, y el idealismo al teísmo y el teísmo a una Revelación" [Illingworth, *Reason and Revelation*, pág. 243.]. (2) Históricamente, la religión cristiana nos llega respaldada por el testimonio de (a) milagros; (b) profecía; y (c) adaptación espiritual a las necesidades humanas. (3) Detrás de estos están los presupuestos de la religión natural, como se ve en la naturaleza, el hombre y la historia. (4) Pero en última instancia, la credibilidad del cristianismo como Revelación descansa en la Persona de su Fundador, y todas las evidencias convergen y se centran en Él. El hecho de que Dios haya hecho otras manifestaciones de Sí mismo en el curso de la historia no deja de lado la culminación de la Revelación en la Persona de Cristo. Toda la verdad, sin importar cómo esté mediada, ha venido de la fuente primordial de la verdad, y la autenticidad del cristianismo no descarta la autenticidad de otras religiones como "luces rotas". El criterio real de todas las religiones que afirman ser Divinas es su poder para salvar. No la verdad en sí misma, sino la verdad en la vida, y la verdad como redentora, constituye la prueba final y suprema de la religión.

El método de la Revelación cristiana es ante todo uno de *Vida*; es decir, es una revelación de una Persona a personas. El cristianismo es principalmente una religión de hechos con doctrinas que surgen de los hechos. Durante todo el período histórico de la manifestación de Dios, desde los tiempos patriarcales hasta el período de Cristo y sus Apóstoles, la Revelación fue dada a la vida y manifestada a través de la Personalidad. Pero la vida Divina se ha expresado en *Palabra*, primero oral y luego escrita. Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento vemos primero lo que Dios era e hizo con los hombres, y luego lo que dijo. De modo que si bien distinguimos entre la Revelación y el Registro, el primero es necesariamente anterior al segundo, sin embargo, la Revelación necesitaba el Registro para su precisión y también para tener acceso a edades posteriores. Entonces, también, la Escritura no es simplemente un registro de la Revelación, porque la historia misma es una Revelación de Dios. Mientras que, desde un punto de vista, la Biblia es un producto del proceso Divino de auto-manifestación, por otro lado, la Biblia misma da a conocer a Dios al hombre. Es en este sentido que el cristianismo, como antes el judaísmo, es una religión de libros (aunque también lo es mucho más), ya que registra y

transmite la manifestación Divina al hombre. Una Revelación debe estar incorporada si ha de estar disponible para todas las generaciones, y el único requisito es que el medio de transmisión sea preciso. Cristo, como nuestra Autoridad Suprema, necesita para su manifestación a todas las edades la forma más clara y pura disponible.

La revelación, que ha sido mediada a través de la historia, ha sido necesariamente progresiva. La primera etapa fue la Revelación primitiva. Cómo los hombres llegaron a pensar en Dios por primera vez es, y probablemente debe seguir siendo, una cuestión de conjeturas, ya que como se sabe tan poco sobre el hombre primitivo, también debe saberse poco sobre la religión primitiva. Una cosa, sin embargo, está clara: los términos "salvaje" y "primitivo" no son sinónimos, porque el salvaje de hoy representa una degeneración del hombre primitivo. La analogía favorece la idea de que la Revelación primitiva fue una manifestación suficiente de Dios para permitir al hombre recibir y mantener una verdadera relación con su Creador; que el hombre, cuando fue creado, tenía una capacidad inmediata para entrar en comunión con Dios, y con esta dotación religiosa asumimos una medida de Revelación Divina suficiente para permitirle adorar de manera elemental y permanecer fiel a Dios. Alguna suposición de este tipo es necesaria para la concepción misma de la Revelación, a menos que vayamos a convertir la religión en conjeturas meramente humanas acerca de Dios. No hay ningún argumento contra la Revelación primitiva que no sea válido contra toda Revelación, incluido el cristianismo. Luego siguió, a su debido tiempo, la Revelación de Dios en el Antiguo Testamento, y cualquiera que sea la opinión que se tenga en cuanto a su origen y carácter, es imposible evitar ser consciente de algo en el más allá de lo meramente humano e histórico. No representa meramente los esfuerzos humanos en pos de ideas más valiosas de Dios; registra una idea verdadera de Dios impresa en el pueblo a lo largo de la historia bajo una dirección definida. La presentación de Dios en el Antiguo Testamento es tan diferente de la que se obtuvo en otros lugares que, aparte de una Revelación sobrenatural, es imposible dar cuenta de una diferencia tan marcada entre pueblos que en otros aspectos eran tan parecidos. La Revelación del Nuevo Testamento fue la corona y culminación de la automanifestación Divina. Fue dado en un momento particular, mediado a través de una Persona y autenticado por credenciales sobrenaturales. En Jesucristo, la auto-revelación de Dios alcanzó su clímax, y el Nuevo Testamento es la encarnación permanente y escrita de la singularidad del cristianismo en el mundo. "Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo" (Heb. 1:1-2; Weymouth).

El propósito de la Revelación es también la vida, la vida que viene de Dios, para ser recibida y poseída por el hombre. Este carácter práctico está marcado en todas partes. El "fin principal de la Revelación" no es la filosofía, ni la doctrina, ni el disfrute, ni siquiera la moral. El cristianismo los tiene, pero es mucho más que todos. Es la religión de la redención, incluida la salvación pasada, presente y futura. El "fin principal" de la automanifestación de Dios es la unión de Dios y el hombre, y en esa

unión el cumplimiento de todos los propósitos divinos para el mundo. El hombre debe recibir la gracia de Dios, reconocer su voluntad, reproducir su carácter, prestarle servicio y regocijarse en su presencia aquí y en el más allá.

Fe

Literatura. - Moule, *Fe: su naturaleza y obra*; Inge, *la fe y su psicología*; Johnston, *una fe científica*; Edgehill, *Faith and Fact* (Fact Vs. "Faith"); Warfield, "Faith in its Psychological Aspects" (*Princeton Theological Review*, Vol. IX, p. 537); Mabie, *Under the Redemptor Aegis*, cap. V.

El tema de la Revelación conduce naturalmente al de la Fe, que es un tema de vital importancia para el cristianismo y el cristiano. La fe es la actitud humana hacia la Revelación Divina, la actitud del alma hacia Cristo como manifestación de Dios. Cristo es el Camino, la Verdad y la Vida, y la Fe es el medio para que el hombre venga a Dios por Él (Mateo 11:27; Juan 1:18, 14: 6). No es difícil comprender el interés y la importancia de la fe. Como es el principio fundamental de la vida terrenal en todos los aspectos de la relación, desde la niñez hasta la escuela y la madurez, en los asuntos personales, sociales, comerciales y nacionales, entra en la religión y así podemos ver el significado de las palabras, "Sin fe es imposible agradarle" (Heb. 11: 6). La confianza es la única respuesta adecuada a la Revelación de Dios. Así como la ausencia de fe hace que sea imposible para los seres humanos tener trato entre sí, la ausencia de fe en Dios hace que sea totalmente imposible para nosotros tener alguna asociación con él. "Porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay" (Hebreos 11: 6). La confianza es, por tanto, el correlativo de la verdad. La fe en el hombre responde a la gracia en Dios. Como tal, afecta a toda la naturaleza del hombre. Se comienza con la convicción de la mente basada en la evidencia adecuada; continúa en la confianza del corazón o en las emociones fundamentadas en la anterior convicción, y se corona en el consentimiento de la voluntad, mediante el cual la convicción y la confianza se expresan en la conducta. Este es quizás el significado de las palabras: "La fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve" (Heb. 11: 1). El pasaje no es tanto una definición de fe como una descripción de ella en relación con la vida, y como tal está ilustrado por los ejemplos de fe a lo largo de ese capítulo. Por tanto, la fe es la salida de toda la naturaleza a lo que cree que es verdad, o más bien, a Aquel que se considera la Verdad. Esto es lo que Hooker quiso decir cuando habló de la fe como que incluye (1) la certeza de la evidencia y (2) la certeza de la adherencia. La fe no es ciega, sino inteligente, ya que se basa en la convicción de la autoridad de Cristo como Maestro, Salvador y Señor. La triple Revelación de Cristo como Profeta, Sacerdote y Rey, que revela, redime y gobierna, se encuentra con la respuesta de toda la vida, el intelecto, la emoción y la voluntad. Esta combinación de todos los elementos de la naturaleza humana implica una decisión moral que se ilustra en casi todas las partes del Nuevo Testamento (Hechos 2:41, 17:11; 1 Tes. 1:5; Sant. 1:21).

Pero es necesario señalar que la palabra Fe también se usa para referirse a la sustancia de la doctrina, así como para la actitud del alma, para *fides quae creditur* y *fides qua creditur*. A esto a veces se le llama "la Fe", es decir, la verdad cristiana que se cree en todas partes entre los cristianos. Se ve en expresiones tales como "la fe que fue una vez dada a los santos" (Judas 3, RV); "La fe común" (Tit. 1: 4); "La fe del Evangelio" (Fil. 1:27). Este doble uso del término "Fe" requiere el mayor cuidado posible para distinguir entre creer en las verdades y confiar en una Persona. El Catecismo de la Iglesia se refiere en primer lugar a creer en "todos los artículos de la fe cristiana"; es decir, las diversas partes o puntos de la religión cristiana. Pero esto es solo un medio para un fin, ya que el objeto supremo de la fe cristiana no puede ser otro que Dios mismo. En consecuencia, el Catecismo sigue apropiadamente el ensayo del Credo mediante la Pregunta y Respuesta: "¿Qué aprendes principalmente con estos artículos de tu fe?" "Aprendo a creer en Dios". Es muy posible creer con convicción intelectual en los hechos y verdades del cristianismo y, sin embargo, no tener plena confianza en Dios. Cuando leemos que los demonios creen y tiemblan (Stg. 2:19), vemos la diferencia entre convicción intelectual y confianza personal. Estos dos elementos de fe se encuentran de vez en cuando en la Sagrada Escritura. Así, nuestro Señor habla en un pasaje, primero, de "escuchar su Palabra"; es decir, recibir y aceptar intelectualmente lo que dijo; y, luego, de creer en Dios que lo envió; es decir, confianza personal en Dios que surge de la aceptación de la Palabra de Cristo (Juan 5:24). Nada menos que esto último puede satisfacer los requisitos de la religión cristiana. [Obispo Pearson (*Credo*, el artículo I) citando Durandus, dice: "'credere in Deum' non est Praecis actus fidei, sed fidei et caritatis simultánea" (Creer en Dios no es un acto preciso de fe, sino un acto simultáneo de fe y caridad)]. Todos los hechos y verdades están concebidos como el alimento, la autorización, y la inspiración de la plena confianza, y tienen la única intención de llevar a esta salida de toda el alma en la confianza personal y la dependencia de Dios. El peligro radica en la frecuente implicación de que el hombre solo necesita instrucción, mientras pasa por alto la solemne verdad de que debido al pecado también necesita iluminación. De modo que, si bien no se debe descuidar el intelecto, la fe es mucho más que el conocimiento. No es mera creencia en un pensamiento, concepción o idea. Es la expresión de toda la naturaleza del hombre en respuesta al acercamiento de Dios en Cristo. Como tal, implica compromiso personal y confianza. La convicción por sí sola se detiene en seco con la ortodoxia, y puede conducir al formalismo, pero ser ortodoxo no significa salvarse. La fe es la entrega del alma a Dios y la apropiación de la gracia que salva. Los puntos de vista correctos de Cristo son esenciales y vitales. Nos corresponde estar completamente familiarizados con los hechos y verdades de la religión cristiana relacionados con la Persona de Cristo, su resurrección, el Espíritu Santo, la Biblia y todo lo demás. Pero no se debe suponer que todo está resuelto cuando se garantizan y comprenden los hechos de la religión cristiana. Podemos inspeccionar los registros y asegurarnos de la historia y, mientras tanto, solo podemos obtener información acerca de Dios sin una experiencia personal de Él en el alma. Las creencias intelectuales son valiosas como medio para fines, pero no como fines en sí mismos. En toda fe verdadera, por

lo tanto, necesariamente habrá los tres elementos, estos son a saber, conocimiento, asentimiento y confianza, y cualquier cosa que no sea estos nunca dará la plena confianza cristiana. El conocimiento de Dios consiste en una comprensión compasiva de su carácter. Solo conocemos a nuestros amigos en la medida en que la simpatía mutua nos da una idea de su verdadera naturaleza. Hay ciertas distinciones en los idiomas originales de los Credos, el latín del Credo de los Apóstoles y el griego del Credo de Nicea, que ayudan a aclarar esto. En latín *Credo Deum (esse)* significa "Creo que Dios existe"; *Credo Deo*, "Creo lo que Dios dice"; *Credo in Deum*, "Confío en Dios". [*"En todo movimiento de fe, por lo tanto, desde el más bajo hasta el más alto, hay un elemento intelectual, emocional y voluntario, aunque naturalmente estos elementos varían en su prominencia relativa en los varios movimientos de fe. Esto equivale a decir que es el hombre que cree, el sujeto de la fe, y el hombre en la totalidad de su ser como hombre"* (Warfield, *Princeton Theological Review*, Vol. IX, p. 566)].

Una vez que hemos aprendido que Dios es el Verdadero Objeto de la fe y nos hemos familiarizado con la sustancia de la verdad cristiana, naturalmente preguntamos qué debemos creer precisamente acerca de Dios como esencial, a diferencia de lo que es puramente accidental. Nuestra pregunta se encuentra dirigida a la Sagrada Escritura. Ésta es la guía y el estándar de nuestra fe, y la autoridad suprema en cuanto a lo que debemos creer. Veremos en el artículo VI que este es el principio fundamental de la Iglesia de Inglaterra. "La Sagrada Escritura contiene todo lo necesario para la salvación; de modo que todo lo que en ella no se lee, ni se puede probar por ella, no puede ser requerido de ningún hombre, para que sea creído como un artículo de fe, o sea considerado requisito o necesario para la salvación". Dios le ha dado a su pueblo una Revelación escrita de sí mismo, y esto nos dice claramente todo lo que es necesario que sepamos acerca de Dios. Cuanto más meditemos en esta Revelación, más aprenderemos a conocer y confiar en Dios, quien se revela aquí. "La fe viene por el oír y el oír por la Palabra de Dios" (Rom. 10:17). Por lo tanto, la Biblia es de primera importancia para el conocimiento y la vida de los cristianos. En lenguaje teológico es "la Regla de Fe", que nos brinda información sobre la verdad y nos protege contra el error. Los Credos que aceptamos y sostenemos son resúmenes de lo que contiene la Biblia y están subordinados a la Biblia como una Regla de Fe secundaria.

Doctrina

El Nuevo Testamento tiene dos palabras para *doctrina*, διδασκαλία y διδασκαλία (2 Tim. 4: 2, 3; Tit. 1: 9). Ambas juntas ocurren unas cincuenta veces. La palabra "doctrina" en sí misma es incolora, y por lo tanto se usa para la verdad y el error: (a) doctrina de Dios (Tit. 2:10); de Cristo (2 Juan 9); "Sana" (1 Ti. 1:10); "Buena" (1 Ti. 4:6). (b) De los hombres (Col. 2:22); de demonios (1 Ti. 4:1); todo viento (Efesios 4:14); diversas y extrañas (Hebreos 13:9). Es por esto que se requiere el uso del término doctrina "cristiana" para expresar las verdades de la Revelación

Divina, y quizás podamos definir la doctrina cristiana como las verdades fundamentales de la revelación ordenadas en forma sistemática. Dogma, como otras palabras griegas en $\mu\alpha$, significa algo fijo, completado, *quod statutum est*. [*"Un dogma no es un $\delta\acute{o}\xi\alpha$, ni una opinión humana subjetiva, ni una noción indefinida, vaga; tampoco es una mera verdad de la razón, cuya validez universal puede aclararse con certeza matemática o lógica: es una verdad de fe, derivada de la autoridad de la palabra y revelación de Dios; - una verdad positiva, por tanto, es positiva no sólo en virtud de la positividad con la que se establece, sino también en virtud de la autoridad con la que está sellada"* (Martensen, *Christian Dogmatics*, p. 1)].

Teología

El término "Teología" se utiliza para la expresión científica de todas las verdades relacionadas con la revelación divina. Así como la naturaleza debe distinguirse de la ciencia, también la revelación de la teología. La ciencia es la expresión técnica de las leyes de la naturaleza; la teología es la expresión técnica de la revelación de Dios. Es competencia de la teología examinar todos los hechos espirituales de la revelación, estimar su valor y organizarlos en un cuerpo de enseñanza. La doctrina se corresponde así con las generalizaciones de la ciencia. La teología, como ciencia de la religión, se ocupa de todos los fenómenos de revelación registrados en las Sagradas Escrituras. En los últimos años se ha prestado especial atención a lo que ahora se conoce como teología bíblica, que significa teología extraída directamente de la Biblia y formulada de acuerdo con las líneas en que se presentan allí. Posee variedad y unidad a la vez; variedad, porque no se dio de una vez, sino por etapas; unidad, porque se sostiene que la Biblia contiene una visión completa del pensamiento teológico. Es el trabajo de la Teología Bíblica establecer esta variedad y unidad de verdad. La Teología Dogmática es el enunciado sistematizado de la verdad que se deduce de la Biblia, la expresión intelectual en lenguaje técnico de lo que contiene la Palabra de Dios. Martensen define la dogmática como "la ciencia que presenta y prueba las doctrinas cristianas consideradas como formando un sistema conectado" [*Dogmática cristiana*, p. 1.]. La teología dogmática no es necesariamente no bíblica, y la teología bíblica en sí depende del punto de vista del escritor. [*"La teología bíblica o del Nuevo Testamento se ocupa de los pensamientos, o el modo de pensar, de los diversos escritores del Nuevo Testamento; La teología sistemática es la construcción independiente del cristianismo como un todo en la mente de un pensador posterior. Aquí nuevamente hay una distinción amplia y válida, pero no absoluta. Es el pensamiento cristiano del primer siglo en un caso, y del siglo XX, digamos, en el otro; pero en ambos casos existe el cristianismo y no hay pensamiento, y si hay algo de verdad en cualquiera, no está obligado a ser un lugar en el que desaparece la distinción"* (Denney, *la muerte de Cristo*, p. 5)].

No es obvio el peligro en todo intento de sistematizar la verdad cristiana, como podemos ver en las grandes obras de hombres como Tomás de Aquino y Calvino.

La mente humana es incapaz de encontrar un lugar para cada una de las doctrinas cristianas, y es mucho mejor contentarse con "artículos" o "puntos", sin llenar los espacios, porque es imposible que el pensamiento sea cubierto por ellos. Las líneas generales de la verdad cristiana son mucho más seguras y también más verdaderas para el crecimiento del pensamiento y la experiencia a través de los siglos. Este método evita que la enseñanza se endurezca en un sistema de hierro fundido que no se puede expandir. Es la virtud de los Artículos de la Iglesia de Inglaterra que adoptan esta línea y no comprometen a los eclesiásticos a un sistema absoluto y rígido de doctrina en el cual no hay alivio y no hay modificación.

Credos, confesiones y artículos

La fe es la respuesta a la revelación divina y la confesión es la expresión de la fe. *"Qué canción es a la victoria que celebra, la confesión es al espíritu religioso. ... La religión, como la ciencia, no solo busca y encuentra los tesoros ocultos de la verdad, sino que también grita 'Eureka'. ... La religión sólo traiciona un instinto que es universal a través de todos los intereses y actividades superiores de la humanidad cuando así da expresión, en un lenguaje tan augusto como los labios pueden enmarcar, a sus convicciones maduras"*[WA Curtis, *Historia de Credos y Confesiones de Fe*, p. 2.].

Toda religión tiene un Credo de una forma u otra, por lo que no nos sorprende descubrir que la confesión de la fe cristiana ha tomado diversas formas a lo largo de los siglos. El Credo, propiamente dicho, es una declaración breve y completa de creencias adecuada para el discipulado y la adoración. La forma más temprana de esto fue personal, fue la expresión de confianza personal en Cristo; era el resultado natural de la posesión de vida espiritual. Pero incluso aquí el intelecto estaba necesariamente involucrado, porque creer en Cristo era adoptar alguna actitud intelectual en relación con Él. Muy pronto se sintió necesaria una confesión de fe más elaborada y, a su debido tiempo, la indagación y el examen en el bautismo llevaron a nuevas pruebas y requisitos. Más tarde, la presión de varias herejías acentuó la necesidad de una declaración cuidadosa de la posición cristiana.

Se puede decir que la elaboración de Credos abarcó los primeros cuatro siglos de la era cristiana, y luego no sucedió nada de importancia a este respecto hasta el amanecer de una nueva luz y vida en el siglo XVI, cuando nacen las confesiones de fe y las declaraciones completas de hechos específicos. La creencia surgió en conexión con el movimiento de Reforma. Hubo debates y discusiones en la Edad Media, pero no fueron teológicos y cristológicos. Parece que no hubo ningún deseo de reabrir problemas resueltos hace siglos por los grandes Concilios, pero se pensó mucho y no se discutió poco sobre asuntos como la Iglesia, el Ministerio, los Sacramentos y la religión personal. Sin embargo, cuando las diversas iglesias reformadas se separaron de Roma, se consideró esencial exponer su posición con referencia a las razones específicas de la protesta. Como resultado, encontramos un

acuerdo total sobre hechos fundamentales con expresiones muy diferentes de las aplicaciones específicas de esos hechos.

Los credos y las confesiones a veces se contrastan en detrimento de estas últimas, pero un estudio del orden histórico de aparición de estos documentos de la fe sugiere una comparación más que un contraste. A medida que seguimos en orden los tres Credos mismos, el de los Apóstoles, el Niceno y el Atanasiano, encontramos que hay una tendencia a la elaboración, a una declaración teológica más completa y a una explicación de lo que está involucrado en el resumen original de creencia. Las confesiones de fe en el siglo XVI son en realidad sólo una extensión, prolongación y desarrollo del mismo proceso. Si se dice que estos artículos y otros documentos del siglo dieciséis están incompletos y no proporcionan una declaración de fe adecuada, se puede señalar que lo mismo ocurre con los Credos. Hay muchos temas que pasan desapercibidos en los documentos ecuménicos de nuestra fe, y creemos que este es uno de los casos en los que la Iglesia ha sido guiada definitivamente por Dios. La Iglesia Universal solo está comprometida con relativamente pocas realidades fundamentales, y también podríamos quejarnos de lo incompleto de cualquiera de los tres Credos, al igual que criticar lo incompleto de cualquiera de las Confesiones de Fe del siglo XVI. Deben ser juzgados a la luz de las circunstancias que les dieron origen, y teniendo en cuenta estricta y constantemente su propósito específico.

Los Artículos Anglicanos

Los Treinta y nueve Artículos tienen un valor e importancia triple: - (a) Histórico: en relación a su origen. Son parte de la posición y protesta de la Reforma. Era necesaria una definición por parte de todos los que diferían de Roma, y como resultado todas las Iglesias reformadas redactaron su protesta en forma de Confesiones o Artículos. Por lo tanto, nuestros artículos no solo son análogos a los documentos de las iglesias continentales, sino que también fueron influenciados por ellos. No pueden separarse de su raíz histórica en relación con Roma. Marcan la posición de la Iglesia de Inglaterra como se expresó en el siglo XVI, y son igualmente importantes ahora por la misma razón. Todavía marcan nuestra posición y actitud actuales.

Otro aspecto de la conexión de los Artículos con Roma radica en el hecho de que fueron escritos por hombres que habían sido enseñados y entrenados en el sistema de la teología romana, por lo que el conocimiento de la controversia católica romana es esencial para una comprensión completa de los Artículos. Pero además de la necesidad de declarar su actitud contra Roma, los reformadores se vieron obligados a actuar contra los peligros en la dirección opuesta. La inevitable oscilación de los péndulos intelectuales y morales había producido graves errores de muchos tipos, de tal forma que Roma los estaba imputando a todos los reformadores y atribuyendo al movimiento de la Reforma en general. Por lo tanto, era esencial no solo definir

cuál era la verdadera posición de la Reforma, sino también hacer todo lo posible para salvaguardar a sus miembros de los errores reaccionarios o de otro tipo que se habían generalizado en diferentes localidades.

(b) Doctrinal: en relación con la doctrina de la Iglesia. Son de valor supremo ya que dan el estándar de la doctrina de la Iglesia de Inglaterra en (1) puntos idénticos a las doctrinas de otras Iglesias, y en (2) puntos característicos de nuestra propia posición. Dan con exactitud, equilibrio y plenitud como la voz suprema de nuestra Iglesia en todos los asuntos que allí se tratan.

(c) Práctico: en relación con la vida cristiana. Los artículos expresan la posición intelectual que implica ser creyente, signo intelectual explícito de lo que está implícito espiritualmente desde el primer momento de la fe en Cristo. Cuando es aceptado como Salvador, Señor y Dios, todo lo demás está involucrado y poseído en germen. Comenzamos por *fe* y continuamos con el *conocimiento*. Es inevitable que reflexionemos sobre nuestra posición. San Pedro nos dice que estemos dispuestos a dar una razón de la esperanza que hay en nosotros (1 P. 3:15), y vemos el orden natural de la experiencia seguido de la expresión. (1) Esperanza poseída; (2) tener una razón para nuestra esperanza; (3) dando una razón. La comprensión intelectual del cristianismo es esencial para una vida cristiana fuerte, para dar equilibrio y fuerza a la experiencia, para protección contra el error, para equipamiento para el servicio. Es posible ser considerado espiritual y, sin embargo, ser solo emocional sin claridad intelectual y poder. Esto inevitablemente producirá debilidad y conducirá a que el alma ferviente se convierta en presa del error de un lado u otro.

Es fácil condenar la doctrina y, sin embargo, el poder de la ciencia actual reside en sus dogmas, no en sus generalizaciones. Las grandes ideas, como la conservación de la energía, la gravitación, la indestructibilidad de la materia, como las sostienen y enseñan los científicos, son un gran poder. De la misma manera, el cristianismo debe ser fuerte en sus ideas sobre la personalidad de Dios, la Persona y Obra de Cristo, el Espíritu Santo y otras verdades relacionadas. Si se dice que la religión es posible sin doctrina, puede admitirse plenamente y, sin embargo, surge de inmediato la pregunta de qué tipo será esta. Solo puede adaptarse a la niñez espiritual, no a la virilidad. La buena música involucra la teoría de la música, y una religión sin teoría será como un bebé con amor, pero sin ideas. Es la doctrina la que hace adultos a los hombres. Es simplemente imposible tener una religión digna de ese nombre sin algún dogma. [*"La religión andogmática es, estrictamente hablando, una contradicción de términos. El dogma no es en verdad como la fe, el espíritu vivo de la religión; pero es al menos el esqueleto de toda religión encarnada, el marco, por transitorio que sea, de la organización física de su vida. La fe que es real se manifestará. La fe que se expresa en el dogma, como la vida que nace, puede perecer; pero es el medio de una vida espiritual manifestada, mortal como la carne y la sangre, pero al igual que ellos con una santidad propia"* (WA Curtis, *op. cit.*, p. 3)].

Es, por supuesto, esencial que recordemos que la teología no es meramente una cuestión de intelecto, sino también de experiencia. La teología se ocupa de las realidades espirituales y debe incluir tanto la experiencia personal como las ideas. *Pectus facit theologum*. Esta asociación de la teología con la experiencia siempre evitará que la primera siga siendo meramente abstracta y filosófica. La dogmática, como señala Martensen, debe provenir de dentro de la Iglesia y no de afuera. Es una ciencia de la fe, con la fe como base y fuente. [“Brota del vigor perenne y juvenil de la fe, de la capacidad de la fe para desplegar desde sus propias profundidades una riqueza de tesoros de sabiduría y de conocimiento, para construir un reino de verdades reconocidas, por las que se ilumina a sí misma, así como al mundo circundante” (*op. cit.*, p. 3)]. En los últimos días la teología se ha limitado demasiado a la metafísica, el intelectualismo y la filosofía. Los artículos llevan las marcas de esta tendencia de la época que los produjo. Pero mientras que el elemento intelectual debe estar siempre necesariamente en la base de toda presentación de la verdad cristiana, el intelecto no es el único factor, quizás no el dominante, y deben intervenir otros elementos. El sentimiento al igual que la razón debe participar en la consideración de la teología, porque la teología es del corazón, y las verdades más profundas están indisolublemente ligadas a las necesidades y experiencias personales. La conciencia moral del hombre también debe encontrar un lugar y la conciencia debe poder participar en la provisión de un verdadero Credo. Este es sólo un caso entre muchos que demuestra la imposibilidad de limitarnos a lo meramente racional, y también la absoluta necesidad de enfatizar lo personal y lo ético en nuestra discusión de teología. Hubo un tiempo en que la Dogmática y la Ética se separaron, considerándose esta última como subsidiaria y complementaria de la primera. Pero esto no es posible hoy. Una teología que no es ética, si bien incluye la ética, no puede llamarse teología con razón. [*Fragmento de una conversación entre un profesor de ciencia moral en un colegio americano y un estudiante que está a punto de graduarse de cierto seminario teológico: Profesor: “¿Está completamente satisfecho con su curso de teología?” Estudiante: “No, el curso ha sido valioso para mí, pero tiene una falta”. Profesor: “¿Qué? Yo estoy interesado”. Estudiante: “Al estudiar la Biblia y la doctrina cristiana, no se estableció ninguna conexión con la ciencia moral”. Profesor: “No me sorprende. El teólogo suele olvidar que un pecador es un hombre” (OA Curtis, *The Christian Faith*, p. 2)]. Pero aquí, nuevamente, no debemos permitirnos ir al extremo opuesto y negar un lugar a la metafísica y la filosofía. En nuestra consideración y construcción de la teología cristiana, es imposible mantener nuestra visión del cristianismo en un compartimento sellado, ya sea puramente intelectual, puramente emocional o puramente ético. Así como el cristianismo habla a cada parte de nuestra naturaleza, cada parte debe participar en la recepción y expresión de la teología cristiana. Nuestro estudio de la doctrina, por lo tanto, debe incluir la consideración de Dios como su Objeto de Fe y la Norma del deber, y se debe demostrar que la relación entre Dios y el hombre incluye adoración y trabajo, actitud y acción, credo y conducta. Nuestra doctrina del teísmo, de la cristología, del Espíritu Santo, de la soberanía divina, de la expiación, del pecado, de*

la justificación y demás, debe estar estrecha y constantemente relacionada con la vida en cada parte, para que tenga peso en la vida y en los tiempos modernos. Si bien no hacemos del sentimiento humano el único estándar de verdad, ni del deber humano la prueba de la exactitud teológica, ciertamente debemos preguntarnos si nuestra concepción intelectual de la verdad posee vitalidad ética, si contribuye a la rectitud práctica. La historia del pasado nos advierte contra la tendencia a permitir que los aspectos intelectuales del cristianismo se vuelvan abstractos. Vemos esto en los tristes desperdicios de la controversia que siguieron a Calcedonia, y nuevamente en la era del escolasticismo protestante que siguió a la cálida y viva experiencia de la Era de la Reforma. Por otro lado, las discusiones teológicas recientes nos han dado una advertencia igualmente grave contra la tendencia a descansar en algo meramente emocional, esto sin satisfacernos de su validez intelectual. La impaciencia moderna contra el dogma, ya sea por parte del teólogo Ritschliano o del "hombre de la calle", surge esencialmente de la misma fuente fundamental, y es una fase de ese agnosticismo práctico que insistiría en que ningún conocimiento válido de Dios y su verdad es posible. Por lo tanto, debemos preservar el medio entre estos dos extremos, sin excluir la ética de la teología, ni considerar la teología como "una nota al pie de la moral". Cuando los Credos, Confesiones y Artículos se relacionan así con cada parte de la personalidad (mente, emoción, conciencia y voluntad), podemos estar seguros de que nuestra teología es lo que debería ser.

La única y suficiente garantía de que la doctrina cristiana sea a la vez intelectual y experimental es su asociación constante y cercana con la Persona de Jesucristo. En el fin de evitar cualquier cosa seca y sin vida hay que relacionar cada verdad a la persona viva de Aquel que declaró: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida." Cuando se comprenda que "el cristianismo es Cristo", que Cristo mismo es la sustancia, fuente y manantial de toda doctrina, nuestra teología será verdaderamente cristiana.